

D. MIGUEL TEURBE TOLÓN.

LA RIBEREÑA DE SAN JUAN.

I.

Trigueña niña en cabello,
Viva, alegre y donairoso,
Sin adornos más hermosa
Que dama de la ciudad;
Criada bajo la sombra
Del plátano y del bambú,
Yo te conozco..... eres tú,
Ribereña de San Juan.

Tú, que por espejo tienes
Las claras ondas del río,
Y por lucido atavío
Aguinaldos y jibá.
Tú, cuya planta graciosa
Entre flores se resbala,
¿Cuál tu gentileza iguala,
Ribereña de San Juan?

Apenas tras de las palmas
Despierta risueño el día,
Sales, vertiendo alegría,
Por la margen á vagar;
Y ya tras sunsún inquieto,

Ya tras linda mariposa,
Corres vivaz y gozosa,
Ribereña de San Juan.

O bien cuando ya se acuesta
El sol entre nubes de oro,
Y con su arrullo sonoro
Llena el bosque la torcaz,
De la blanca flor del mangle
Haces corona luciente,
Con que engalanas tu frente,
Ribereña de San Juan.

¡Cuántas veces, triste y solo
Navegando por el río,
Paré junto á tu bujío
Mi barca, á verte no más;
Y entre los espesos millos
De la florida ribera
Vi que pasabas ligera,
Ribereña de San Juan.

¡Oh! ¡Y cuál envidia mi alma
Tu inocencia y tu alegría,
Tu alma de poesía,
Tu corazón virginal!
Pero ¡ay! guárdate del mundo,
No le conozcas si puedes;
Guarte del mundo y sus redes,
Ribereña del San Juan.

Nunca salió de tu labio
Ningún suspiro doliente:
Jamás empañó tu frente
La huella de algún pesár;
Y aun conservas en tu seno
Aquel ósculo de amor
Con que te marcó el Señor,
Ribereña de San Juan.

Mas ¡ay! los encantos mueren,
Los sueños se desvanecen
Y las espinas parecen
Donde hoy las flores están.
Por eso guarte del mundo;
Huye, doncella, sus brazos;
Guarte dél y de sus lazos,
Ribereña de San Juan.

II.

Un mes ha pasado ya
Des que vi á la ribereña:
Ella era alegre y risueña,
Y hora..... vedla como está.

Su rostro triste, sombrío,
Perdió la color lozana
Como una flor de sabana
Herida de un sol de estío.

En sus labios de coral
No vaga dulce sonrisa,
Como tampoco á la brisa
Se mece la flor mortal.

Aquella viva mirada,
Toda luz y poesía,
Ora lánguida y tardía
Está triste y apagada.

¡Cuán otra, cuán diferente
Está la infeliz doncella!
¡Antes alegre y tan bella,
Hoy tan mustia y tan doliente!

Ayer mi barca surcaba
Las mansas ondas del río,
Y sentada en su bujío
La vi que mucho lloraba:
Dije al remero «detén»,
Y apenas dije, sentía

Que en mi mejilla corría
Una lágrima también.

Mas cual se suele notar
Que, yendo á morir al nido,
Canta algún pájaro herido,
Porque no sabe llorar,

Ella también, con acento
Palpitante y lastimoso,
Alzó su canto armonioso
Al son del agua y del viento:—

¡Ay, tirano cazador!
¡Ay, desventurado día!
¡Que he perdido el alma mía
Y quedo muerta de amor!

«Claras ondas de este río
Que vais corriendo á la mar,
¿Cuánto ha que soléis llevar
Aguas de mi llanto frío?
¿Cuánto ha que el acento mío
Llama en vano á aquel traidor
Que me enlazó con amor
Y me abandonó sin fe?
¿Me engañabas!..... y ¿por qué?
¡Ay, tirano cazador!

»Yo era sencilla, inocente,
Pura como una azucena,
Y mi alma, de amor ajena,
Se retrataba en mi frente.
Mas ¡ay! llegó infelizmente
La ocasión—desdicha impía
Que su mirada y la mía
Se encontraron, se entendieron.....
Y mis dichas ¿dónde fueron?
¡Ay desventurado día!

»Él alabó mi belleza,

Me habló de dulces amores;
Luego de pompa y honores
Me contó, y de su riqueza.
Tanto amor, tanta grandeza
Me deslumbró: su falsía.....
—¡Ay, triste de la que fia!—
Robó mi mejor tesoro:
Ved si con motivo lloro,
Que he perdido el alma mía.

»¡Mas no! Calla, corazón,
Calla tu triste gemido,
Que en vano vaga perdido
Por estos sitios su son.
Cielos, tened compasión
De tan profundo dolor.....
¡No, no!—doblád el rigor,
Cólmese al fin la medida,
Que el alma lloro perdida
Y quedo muerta de amor.»

III.

Calló—y el lánguido acento
De su postrero suspiro
Perdióse como el murmullo
Blando del sonante río.
Allá lejos se ocultaba
El sol tras el Pan sombrío,
Y ya á más andar la noche
El transparente zafiro
Del cielo trocaba en sombras
Entre jirones rojizos.
Yo, que mi pecho sentía
De amarga tristeza henchido,
Volví á la ciudad mi barca
Y me alejé del bujío.

Pero la imagen llorosa
De la Ribereña vino
Á fijarse aquí en mi mente:
Y su profundo suspiro
Á cada instante resuena
Triste y lánguido en mi oído.
Entonces vierto una lágrima
Y, cual si la viera, digo:
«Por eso guarte del mundo:
Huye, doncella, sus brazos:
Guarte dél, y de sus lazos,
Ribereña de San Juan.

Á MI HERMANA TERESA.

I.

Seis veces ya las ráfagas de otoño
Arrastraron, en valle y en colina,
Las mustias hojas y las flores muertas
Del olmo altivo y la soberbia encina:
Seis veces la alba veste del invierno
Vistió la creación aletargada,
Mientras al triste gemir de Bóreas frío
Doblábase mi frente atormentada:
Seis veces la emigrante golondrina,
Alegre al Norte retornó en verano,
Con nuevas galas de gayadas plumas
Tal vez doradas por el sol cubano:
Seis años, ¡ay! en extranjera playa
Y en triste lagrimar son ya pasados;
Seis años de dolor, de luto y duelo,
Hora tras hora por mi mal contados.

II.

Mas ni la ráfaga helada
Que al Hudson levanta espuma,

Ni el pardo manto de bruma
En que se amortaja el sol,
Jamás calmar han podido
De mi alma la fiebre ardiente,
Ni nublar aquí en mi frente
El recuerdo de tu amor.

¡Cuántas veces apoyado,
Por la tarde, en mi ventana,
He visto un jirón de grana
Que deja el sol al morir;
Y aunque pálidos y tibios
Son aquí sus resplandores,
Mi mente les da colores
Del cielo de Yumurí!

Y con este amable engaño
Hago que el alma recuerde
Mi valle de gualda y verde,
Mis glorietas de bambú,
Y que piense, al ver cuál brilla
La dulce luz de una estrella,
Que es porque tienes en ella
Fija la mirada tú.

Que al sentir el blanco soplo
De la susurrante brisa,
Oiga tu armónica risa
Ó tu dulce suspirar;
Y crea que el suave aroma
Que envuelto llega en el viento,
Es el ámbar de tu aliento
Que me viene á embalsamar.

Y al ver de Jersey las torres,
Tras el río, y á lo lejos,
Temblar los áureos reflejos
Del ya moribundo sol,
Sienta y goce como cuando

En una tarde celeste,
Sentado en el *abra* agreste
Veía á Matanzas yo.

Mas ¡ay! ¡qué triste me es luego
No ver aquel techo mío
En medio este caserío,
Que es todo extranjero hogar;
Ni aquella modesta torre,
Ni aquel manso mar de plata
En que gentil se retrata
Mi pintoresca ciudad!

No ver allá en lontananza,
Cual velo de gasa leve,
Flotante bruma que mueve
El aliento del terral;
Y tras ella un horizonte
Donde la vista se pierde
En el suavísimo verde
De inmenso cañaveral.

No embriagarme con perfume
De cándidos azahares,
Ni divisar cien palmares
De la sabana al confín;
No ver sobre mi cabeza
Nubes de nácar y plata,
Ni que á mis pies se desata
Mi límpido Yumurí.

III.

Y mi pena más aguda
Cuando estoy pensando así,
Es que me asalta la duda
De si te acuerdas de mí.
Vuelvo las miradas mías

Hacia el Sur, donde está Cuba,
Como queriendo que suba
Sobre las olas sombrías;
Pienso verla, pienso verte.....
Y es ilusión cuanto miro;
Doblo la frente y suspiro.....
¿Será ausencia hasta la muerte?

Á EMILIA.

Thou hast sown in my sorrow and must reap
The bitter harvest in woe as real.

BYRON.

¿Conque para siempre «adiós»?
¿Conque aquel amor primero,
Hijo de un soplo de Dios,
Como huérfano extranjero
Muere entre nosotros dos?

¡Muere!.... y de tu labio frío,
Tumba de besos ardientes
Que mil veces te dió el mío,
Se desata amargo río
De sarcasmos inclementes.

Mal astro, Emilia, lucía
Cuando Dios unirnos quiso,
Porque en aquel mismo día
Vino á anidarse una arpía
En un bello paraíso.

Al empezarte yo á amar
Era un templo el alma mía,
Y en el templo había un altar,
Mi corazón, donde ardía
Fuego de amor sin cesar.

Y aquel fuego puro y santo,
Encendido allá en el cielo
Para dicha y para encanto
De los dos en este suelo,
¿He de apagarle con llanto?

Y hecho sepulcro el altar,
Sin luz el templo sombrío,
¿He de postrarme á llorar
En un hondo valle umbrío,
Sin amor, patria, ni hogar?

Y llegue mi hora postrera,
Y en el lecho del dolor
No oiga yo una voz siquiera,
Que junto á mi cabecera
Me hable de Dios con amor;

¡Y cuando el cadáver yerto
Lleven después á enterrar
En algún rincón desierto,
Nadie vaya á derramar
Dos lágrimas por el muerto!

Joven yo, con alma henchida
De ilusión y luz de Dios,
¿Por qué con frente abatida
Habré de decirle adiós
Á la gloria y á la vida?

El mundo es ancho, y mi mente,
Aunque estrecho le encontrara
Para mi ambición ardiente,
Á otros mundos se elevara,
Vedados á común gente.

Á fe que no es tiempo, no,
De postrarme en el camino
Que el destino me marcó:

Vencido será el destino,
Y el vencedor seré yo.

Y aquel santo amor primero,
Hijo de un soplo de Dios,
Vivirá, si yo no muero,
Pues resucitarle quiero
En un alma para dos.
